

## Introducción: Del mal moral a la maldad total\*

### CLARIFICACIÓN CONCEPTUAL Y PREGUNTAS INELUDIBLES

Las crueldades padecidas por millones de seres humanos durante el siglo xx no dejan de impresionar a sucesivas generaciones: guerras civiles y mundiales, bombardeos que arrasan ciudades, sistemas políticos totalitarios (leninismo, estalinismo, nazismo, revolución de Mao, jermes rojos...), campos de exterminio, campos de trabajo, bombas atómicas (Hiroshima, Nagasaki), genocidios, matanzas tribales, atentados terroristas, torturas, persecuciones religiosas, etc.<sup>1</sup>. Y no digamos durante estas dos primeras décadas del nuevo siglo: los medios audiovisuales difunden cotidianamente noticias y reportajes sobre asesinatos, degollamientos, vilezas, perversiones, atrocidades, violencia contra las mujeres, que dejan a centenares de miles de espectadores aterrorizados, indignados, sin aliento, confusos. La contemplación de tanto dolor y sufrimiento, además de conmover, ha originado agudos interrogantes en torno al origen, causas y efectos del mal en la vida humana. Estamos,

---

\* Esta extensa introducción, así como todo el volumen, se enmarcan en el Proyecto de Investigación «Filosofía del dolor», financiado por la Universidad de Salamanca, Referencia USAL-IB3.

<sup>1</sup> Un relato estremecedor de las brutalidades que se han cometido en la anterior centuria durante guerras y revoluciones: J. Glover, *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo xx*, Madrid, Cátedra, 1999.

seguramente, ante uno de los problemas morales con mayores obstáculos para ser esclarecido por parte de la filosofía<sup>2</sup>.

Sin embargo, a pesar de lo dicho, o quizá por ello mismo, la filosofía no puede dejar de analizar la maldad desde diversas perspectivas, todas ellas interconectadas: metafísicas, epistemológicas, religiosas, antropológicas, éticas, políticas e incluso estéticas. El enigma o «misterio» del mal es uno de los más constantes acicates del pensamiento (*mysterium iniquitatis*, misterio de iniquidad ha sido denominado durante siglos por influencia del cristianismo). Sin las muertes, dolores y sufrimientos que produce la maldad, quizá el filosofar hubiera sido apagado por los avances científicos y técnicos. Hay dimensiones del existir en sociedad que provocan persistentes preguntas en torno a la naturaleza humana, a las facultades que la caracterizan, entre ellas la inteligencia y la libertad.

Una de las tareas principales de la filosofía moral y teoría política consiste en ofrecer razones en contra de las incorrecciones, inmoralidades, injusticias y maldades: cotidianas o históricas, superables o imperdonables, sutiles o brutales. Pero ¿es posible una delimitación conceptual de la maldad humana? Ardua tarea. No obstante, de modo intuitivo podemos comprender que remite a aquellas acciones voluntarias de sujetos libres (*agentes*) que provocan dolores y sufrimientos injustificados a otras personas (*pacientes*), en un contexto social en el que suele haber testigos que las reprueban, apoyan o incluso ante ellas se muestran indiferentes (*espectadores*). Según esta amplia definición, cabe investigar la maldad desde tres ángulos personales, en parte complementarios. Desde: a) *quien realiza* el mal de modo voluntario; b) *quien padece* el daño<sup>3</sup>; c) *quien contempla* la acción malvada<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> El impacto del mal moral y mal físico en el modo de hacer filosofía, desde la modernidad hasta el siglo xx, es analizado con detalle en S. Neiman, *Evil in Modern Thought: An Alternative History of Philosophy*, Princeton, University Press, 2002. También: D. L. Rosenfield, *Del mal. Ensayo para introducir en filosofía el concepto del mal*, México, FCE, 1993; J. Quesada, *La filosofía y el mal*, Madrid, Síntesis, 2004. Y centrado en autores contemporáneos: R. Bernstein, *Radical Evil. A Philosophical Interrogation*, Cambridge, Polity Press, 2002; M. P. Lara (ed.), *Rethinking Evil*, Berkeley, University of California Press, 2001.

<sup>3</sup> Para una perspectiva desde el punto de vista de quien padece el mal: M.<sup>a</sup>T. López de la Vieja, *Ética y Literatura*, Madrid, Tecnos, 2003, cap. 6 y C. Thiebaut, «Mal, daño y justicia», en *Azaféa. Revista de Filosofía*, 7 (2005), págs. 15-46.

<sup>4</sup> Un excelente análisis de la perspectiva de quienes contemplan el mal sin reaccionar, y se convierten por ello en sus cómplices: A. Arteta, *Mal consentido*, Madrid, Alianza, 2010.

La perspectiva ética predominante en esta obra antológica, bajo el título amplio de *La maldad*, será la primera de las indicadas: busca esclarecer lo relacionado con *el sujeto causante del mal*, con la persona que realiza actos crueles. Por ello, objetivo destacado de esta introducción es esbozar las cuestiones que han planteado relevantes filósofos a la hora de explicar qué acontece en el ser humano (*agente*) empeñado en emprender acciones perversas. Resulta difícil la calificación moral de los comportamientos malvados al romper los usuales esquemas valorativos de la ética.

Son numerosos los interrogantes en torno a los orígenes y efectos, tanto personales como sociales, del mal moral, diverso al mal metafísico y físico, que clasificó con acierto Leibniz<sup>5</sup>. Si el *mal metafísico* remite a la imperfección que caracteriza el mundo creado, y por ello finito y deficiente, y el *mal físico* nos sitúa en el dolor y sufrimiento humanos, el *mal moral*, para Leibniz, no es otra cosa que el pecado, es decir, la capacidad de cometer acciones malvadas por personas libres, responsables de sus particulares propósitos, decisiones y obras.

Lo que desde Leibniz se denomina mal moral puede ser expresado con mayor acierto (al menos en la portada de un libro) con el sustantivo «la maldad». Hablar de mal moral podría ser interpretado, por quien desconozca la clasificación leibniziana, como que existen malas acciones que pueden alcanzar una cierta justificación en determinados casos conflictivos. La expresión «mal moral» quizá sugiere que al igual que hay malas acciones (y malas personas) tildadas de inmorales, también puede haber malas acciones (y malas personas) consideradas como morales, es decir, que consiguen alcanzar algún tipo de bien para sí o para otros, a pesar de violar un determinado código ético vigente en un concreto marco social o tradición. El mal moral cabría incluso ser concebido como «mal menor»: una elección o comportamiento que aunque posee ingredientes de mal, es mejor que otras decisiones o actos, que sí son claramente malvados o injustos. Pues bien, a fin de evitar las mencionadas confusiones este libro antológico lleva por título *La maldad*, sin el adjetivo o calificativo de «moral». No es necesario. El sustantivo se refiere, por tanto, a las decisiones y acciones que realizan libremente personas (y por ello son responsables), pero con tal grado de perversión y crueldad que constituyen un es-

---

<sup>5</sup> G. W. Leibniz, *Ensayos de Teodicea*, en *Obras filosóficas y científicas*, vol. X, Granada, Comares, 2012 (párrafo 21 de la Primera Parte).

cándalo para el común de los mortales, de difícil comprensión, una injusticia imposible, humanamente, de perdonar y subsanar.

No podemos abandonar la tarea intelectual de esclarecer por qué los seres humanos libres extienden el mal a su alrededor más de lo imaginable, cuáles son los retos filosóficos que plantea tal sobreabundancia de maldades y dolores inútiles, y cómo se produce su contagio social patente en guerras, masacres y crímenes. De lo contrario permaneceremos sumergidos en una ceguera y pasividad lamentables ante uno de los problemas (o enigmas) teóricos y prácticos más complejos a los que se ha tenido que enfrentar nuestra especie desde el inicio de la humanización, desde el célebre relato mítico-judío en el que Caín, además de matar a su hermano Abel, incluso desafía a Dios tras su compasiva pregunta: «¿Dónde está Abel, tu hermano?». Así responde el asesino: «No sé; ¿soy yo el guardián de mi hermano?» (Génesis, 4, 9). Tras el paradigmático asesinato cainita se inicia el declive del hombre<sup>6</sup>, arrastrado durante milenios hacia toda clase de violencias, crímenes, guerras, torturas.

Los más grandes filósofos han procurado responder de modo afirmativo —y hoy más que nunca— a la olvidada pregunta bíblica, con todas las herramientas conceptuales, argumentativas y racionales a su alcance. En efecto, cada uno de los humanos es «el guardián de su hermano», de su prójimo, del otro frágil, vulnerable, dependiente; lo han enseñado así las más destacadas filosofías morales y políticas de nuestra historia occidental<sup>7</sup>. Por consiguiente, la maldad ejecutada por cualquier desalmado, que aumenta injustificadamente el dolor y el sufrimiento de otros, ha de ser denunciada, perseguida, y erradicada (tarea interminable). Estamos ante el quehacer humano principal y, por ende, político, jurídico, educativo, religioso; por supuesto, también ético-filosófico.

Ciertamente, el mal siempre acecha en el interior de cada persona, como atestiguan no pocos textos de todas las épocas. Nadie debe renunciar a ofrecer resistencia a tan arraigada tendencia en nuestra especie; con constancia se ha de luchar contra los proyectos individuales y sociales que desprecian la dignidad humana. Meta ineludible de cada

---

<sup>6</sup> Obras que analizan el significado simbólico, ético y filosófico del crimen de Caín son numerosas. A modo de ejemplo: B. Sichère, *Historias del mal*, Barcelona, Gedisa, 1996, cap. 2; R. Safranski, *El mal o el drama de la libertad*, Barcelona, Tusquets, 2010, cap. 1.

<sup>7</sup> Sobre las diversas reacciones filosófico-morales ante la fragilidad y vulnerabilidad humanas: E. Bonete, *Ética de la dependencia*, Madrid, Tecnos, 2009.

existencia personal será dominar la maldad que anida escondida en el corazón. El persistente propósito de ser fieles a la *recta ratio*, tal como proclaman filósofos griegos, romanos, medievales, renacentistas, modernos y actuales, no ha ser minusvalorado o ridiculizado en nuestro marco cultural un tanto relativista. Pensadores presentes en estas páginas son considerados maestros inigualables de la lucha personal, comunitaria y social contra el poder del mal.

Las preguntas que suscita el mal moral son innumerables y de compleja respuesta: ¿Cuál es el origen de las depravaciones que tanto escandalizan, atemorizan y aterran a quienes las padecen o contemplan? ¿Qué acontece en el interior del hombre cuando decide lanzarse a realizar actos que provocan dolores y penas de imposible justificación moral? ¿En qué consiste la libertad, dada la capacidad para elegir acciones malvadas? ¿Afecta a los supuestos atributos de Dios la acumulación de maldades causantes de terribles dolores de inocentes? ¿Contamos con criterios claros para distinguir el bien del mal? ¿Cómo se explica la pavorosa extensión de guerras a lo largo de la historia hasta nuestros días? ¿Es viable hoy, en las sociedades más desarrolladas, controlar, reducir o incluso aniquilar la maldad? ¿Cuáles son los mecanismos por los que el mal va contagiando a miles y millones de sujetos bajo totalitarios regímenes políticos que se someten con escasa resistencia a su fuerza avasalladora? Los interrogantes se multiplican. Estos y otros se van respondiendo con lucidez, a pesar de su dificultad, en algunos de los textos.

## PERSPECTIVA ÉTICA DE LA MALDAD

Una de las líneas argumentativas más llamativas y constantes que la filosofía ha desarrollado en torno al mal, ya desde el griego Epicuro, nos sitúa en las repercusiones teológico-metafísicas de tal hecho antropológico: «¿Quiere él [Dios] prevenir el mal, pero no puede?, entonces es impotente. ¿Puede, pero no quiere? Entonces es malévolo. ¿Puede y quiere?, entonces ¿de dónde sale el mal?»<sup>8</sup>. Por supuesto, el pensamien-

---

<sup>8</sup> Con estos términos el ilustrado D. Hume expresa el «supuesto» razonamiento de Epicuro en su célebre obra *Diálogos sobre la religión natural*, Madrid, Tecnos, 1994, pág. 149. Parece ser que fue Lactancio quien atribuyó a Epicuro esta argumentación, al considerarlo ateo, en un tratado titulado *De ira dei*, 13, 20-21. Tal modo de pensar se ajusta más a los escépticos. En ningún fragmento de Epicuro se dice nada parecido, ni

to medieval, ya desde Agustín de Hipona, ha sido muy consciente de que Dios, de algún modo, queda afectado (en su existencia y atributos principales) por cuanto es el creador del hombre como ser totalmente libre. Podría haber previsto (desde su omnisciencia) todos los males que iba a cometer el ser humano por el perverso uso de la libertad. Una tarea de la teología y filosofía será la de esclarecer este desafío.

El mayor esfuerzo intelectual por explicar el mal, en sus diversas manifestaciones, ha sido el del mencionado Leibniz. Incluso diseñó una nueva disciplina filosófica, en 1710, bajo el neologismo de *Teodicea*, compuesto de dos palabras griegas: *theós* (Dios) y *diké* (justificación o justicia). Es decir, «justificación de Dios» ante las acusaciones contra su omnipotencia, omnisciencia y bondad, derivadas de la tremenda presencia del mal en el mundo y en la vida particular y social de los hombres. El pensador alemán construye un complejo sistema metafísico en el que pretende armonizar los tres polos de la realidad: la naturaleza, el hombre y Dios (más tarde esbozaré su proyecto filosófico-teológico).

No obstante, el objetivo principal de esta introducción, y de la antología (como procura indicar el título), se centra en la perspectiva ética de la maldad, aquella de la que es enteramente responsable el hombre, no atribuible a Dios o a deficiencias ontológicas de la Naturaleza. De ahí que algunos autores, ante el mal moral y sus efectos socio-políticos, prefieran hablar más de «antropodicea» que de teodicea:

Sea como fuere, la presencia abrumadora de este mal social en el mundo no interpela a Dios, sino al hombre. Dios no tiene que ser ni cuestionado ni justificado por ese mal, del que no es responsable, sino solo el hombre. La teodicea ha de dejar paso franco a la antropodicea. Es el ser humano autónomo el llamado a comparecer ante el tribunal de la razón, también el que procura zafarse de sus cargos desviando la acusación hacia otros hombres. No es la fe en un Dios benévolo y omnipotente la que queda afectada por la existencia del mal, sino más radicalmente la fe en el hombre y en su capacidad de combatir el mal, ya que no de superarlo. Nos corresponde la lucha por eliminar en lo posible el daño evitable, el dolor inútil, el sufrimiento de los inocentes<sup>9</sup>.

---

resulta coherente teniendo en cuenta que para este filósofo los dioses no se ocupan de los hombres.

<sup>9</sup> A. Arteta, *Mal consentido*, *op. cit.*, pág. 25.